

ardor juvenil, rodeado de una cohorte de discípulos y admiradores, figurando entre los últimos la flor de los artistas sevillanos. En 1898 obtuvo por concurso la cátedra de colorido y composición de la Academia de Bellas Artes de aquella capital andaluza, y éste fué el último reducto desde el cual pudo propagar las provechosas doctrinas de su saber y su experiencia, hasta su muerte, acaecida el 6 de Mayo del año pasado, convirtiéndose en luto nacional el dolor de Sevilla, que lloraba á uno de sus más preclaros hijos.

José Jiménez Aranda no desmintió en lo que respecta al arte la regla infalible común á todos los artistas de una época determinada. Fué un verdadero hijo de su tiempo.

El romanticismo daba las últimas boqueadas. Velázquez y Goya volvían á ser el verbo del arte, tras del eclipse en que les sumiera el neo-romanticismo de Overbeck y sus secuaces. Dividiase el campo del arte español entre la pintura histórica, que halló la más alta expresión en las obras de Rosales y Mercader, y en la pintura de género, que puede decirse creó Fortuny. Pero todos buscaban directamente en la verdad de la naturaleza la fuente de sus inspiraciones. Jiménez Aranda no podía sustraerse, dado su talento y sus aptitudes, á la corriente general. Por eso, sin ser un imitador de nadie, se vió compelido á sujetar su producción al tipo general, sin que esto representara un esfuerzo para él, pues sus peculiares condiciones le conducían espontáneamente á ello. Gracias á eso, también, su arte es personal é inconfundible. Pudo ser envuelto por la corriente co-



Dibujo de JIMÉNEZ ARANDA.

mún; pero no perdió ni por un momento lo que es más estimable en toda producción artística: su individualidad.

Ayudábanle á ello, en primer lugar, su soberana ciencia del dibujo, que en él constituía el elemento primordial de expresión; y en segundo lugar, el profundo conocimiento de una época histórica que logró restablecer en sus cuadros como si la hubiera vivido: la que por antonomasia se ha dado en llamar época de Goya. Con estos dos elementos ha colmado casi todo el ciclo de su existencia, en la que se vislumbran de vez en cuando ciertos destellos que acusan una cultura más general. Así es que cuando quiso separarse de sus *casacaones* y *peluquines*, lo hizo con tanta conciencia y saber como si se tratara de cosa tan familiar como aquélla, y sus excursiones por el campo de la Biblia (*Adán y Eva contemplando á su hijo*, *Encuentro del cadáver de Abel* y *El arrepentimiento de Judas*) por el de la historia (boceto de *Carlos II, el Hechizado*), por el de la fantasía (*La visión de Fray Martín*), por el de la religión (*El Crucificado*) y por el de la novela (*El ingenuo hidalgo* y *Tarlalín de Tarascón*), son revelaciones de un temperamento proteiforme, apto para percibir todas las sensaciones que puedan hacer vibrar el alma de un artista.

Si, la época de Goya le atraía; pero porque aquellos trajes tan ricos como cercanos al ridículo, aquella sociedad de galanes petimetres y damiselas de fingido y remilgado recato, aquellas costumbres de forzada hipocresía, tan propias para ser fustigadas, tan pintorescas por su cómica exterioridad, aveníanse del todo con su musa retonzona, que velaba constantemente en el fondo de su adusto carácter.

Tildábanle algunos españoles de poco colorista. Si el colorismo consiste en avivar las tonalidades hasta herir con fuerza á la retina como los flamencos, ó en hacer valer recíprocamente los colores, como los venecianos, tendrían seguramente razón; pero cuando, como hacía Jiménez, se toma por base una tonalidad, y con bien meditadas gradaciones se destaca los objetos, se envuelve en ambiente los términos, y se dá cuerpo á las figuras, ocupando cada cosa el sitio que le corresponde, se es también colorista, á la manera que lo fueron nuestros clásicos, cuya tónica fué el gris. Es cierto que no desleía en su paleta los rayos del sol, como hacía Fortuny y como hace Moreno Carbonero, pero la relación de sus tintas era tan perfecta, que no se echaba de menos aquella luminosidad en sus cuadros.

Los innumerables apuntes y estudios dibujados de sus carteras, y los muchos que andan dispersos por el mundo, prueban la conciencia de su trabajo. Nada dejaba al acaso. Todo cuadro suyo tenía génesis en el papel, primero en conjunto, luego en detalle ante el modelo. Su composición era clara, sencilla, sin arcaísmos, pero no tan vulgar que estuviera desprovista de nobleza. Tenía, por lo menos la dignidad de la naturaleza. En punto á expresión, sabía describir con tanta fuerza persuasiva, que en sus telas holgaba el título. En dos de sus más celebradas, *Un accidente en la plaza de toros* y *La desgracia*, logra interesar y producir emoción sin dejar ver la causa del tema, y sí sólo sus efectos en las figuras secundarias.

Dada la conciencia de su trabajo, resulta realmente asombrosa su productividad. Y la difusión no interrumpida de obras durante más de treinta años, representa una serie de aciertos de que pocos pintores podrán vanagloriarse.

La siguiente lista de cuadros, agregada á los citados hasta aquí, dará pálida idea de su fecundidad, pues no comprende todos los que produjo.

Ayer y hoy, *¿Será stradivarius?*, *La rebótica*, *La peluquería*, *Los inválidos*, *El recomendado*, *Un concierto ante Su Eminencia*, *Los murmuradores*, *Una noticia interesante*, *Preliminares de un casamiento*, *¡Que viene el capitán!*, *El abuelito*, *Los dos amigos*, *Los últimos recursos*, *Los últimos retoques*, *La audiencia*, *Los primeros pasos*, *De sobremesa*, *El maestro de baile*, *El poeta*, *El café*, *Solo de flauta*, *Partida de ajedrez*, *Los políticos*, *Los timadores*, *La última gota*, *¡Abrir en nombre del rey!*, *El doctor*, *Partida perdida*, *Lectura de una poesía satírica*, *Al amor de la lumbré*, *¿Quién engañará á quién?*

En familia, *La echadora de cartas*, *El tresillo*, *El mentidero*, *El santero*, *Bajo los naranjos*, *El sermón en el patio de los Naranjos*, *Los bibliófilos*, *Un accidente de la corrida de toros* (repetición del cuadro de 1871, variados los trajes en los de majos de principios del siglo XIX) *Los murmuradores*, *La carta de recomendación*, *Tertulia en un patio de Sevilla*, *La representación*, *La consulta al abogado*, *¡Abandonada!*, *¡Loca...!*, *Desengaño*, *Naturalistas*, *La siesta*, *El puente de Triana*, *A buscar fortuna*, *La vieja de los gatos*, *La esclava*, *Consumatum est*, varios episodios del Quijote y algunos asuntos más cuya lista no se ha compilado.

A tan conspicua labor correspondió el mundo del arte y el oficial con las siguientes recompensas, que si prueban de una parte sus eximios méritos, prueban de otra su espíritu de luchador incansable y convencido.

1871, Exposición de Madrid, medalla de tercera clase; 1882, Salón de París, medalla de tercera clase (dibujo); 1883, Exposición Universal de Munich, premio de honor; 1889, Exposición Universal de París, dos medallas de primera clase, una para pintura y otra para dibujo; 1890, Exposición de Madrid, medalla de primera clase; 1891, Exposición de Berlín, diploma de honor; 1892, es nombrado académico de la real Academia de Berlín y es honrado con la cruz de primera clase de la real Orden de Alberto de Sajonia; 1893, Exposición de Chicago, medalla única; 1894, medallas de primera clase en las exposiciones de Berlín y Vizcaya; 1896, Exposición Internacional de Barcelona, medalla de primera clase (dibujo) y 1898, cátedra de colorido y composición de la Academia de Bellas Artes, de Sevilla, por concurso.

No nos consta que fuera académico de la de San Fernando. Seguramente no hubiera cabido allí su espléndida figura artística.

Pero borrada toda la producción de Jiménez Aranda y dejada solamente su Quijote, el Quijote que *ha hecho en colaboración con Cervantes*, y quedará siempre una inmortalidad.

Ochocientos dibujos no son la ilustración de una obra, son la obra misma hecha imagen. Son el *cinematógrafo*, instante por instante, de la vida del protagonista.

El artista busca en la naturaleza el tipo real del buen Quijada, en la plenitud y disfrute de su razón; le coloca en el ambiente imaginado por el sublime manco de Lepanto, y con estudiada y lógica gradación lo conduce hasta hacerle perder el juicio. No es, pues, la caricatura usual de un hombre, tipo tradicional de Don Quijote que imitan unos de otros los dibujantes, sino el personaje mismo según se hubiera visto en la vida real. Y así están tratados los demás personajes de la obra, arrancados del mundo viviente y tan particularizados en sus exteriorizaciones, que parecen los propios retratos de los que viera Cervantes en su fantasía.

Muévelos pacientemente Jiménez, siguiendo línea por línea el texto, hasta formar una sucesión de cuadros gráficos que traducen, en no interrumpida sucesión, así la psicología de los personajes, como sus actos y expresiones.

Los lugares, los paisajes, las casas, los muebles, los trajes, son una completa adaptación al medio. Parece como que el artista acompañara á Cervantes por todos los sitios en que coloca la acción de su novela, y fuera tomando apuntes para ilustrar gráficamente al hidalgo manchego.

De esos ochocientos dibujos, que el artista calificaba de bocetos, hay unos ciento treinta, los que tuvo tiempo de terminar á su gusto, y que comprenden los seis primeros capítulos, verdaderos cuadros, en los que se sirvió del modelo y de todos los accesorios necesarios para su exacta representación. Es asombrosa la fuerza de voluntad que tal obra representa y á la que consagró Jiménez las veladas de muchos años de su vida, sin fin preconcebido, por lo menos utilitario, pues no pensó jamás enajenar ni una sola parte de este tesoro que tantas vigiliadas le costaba. Deleitábase con ello, y tal vez acariciaba en su mente la idea de dejar un monumento tan imperecedero como el que le inspiraba, y que no anduviera disperso como lo restante de su producción artística.



Dibujo de JIMÉNEZ ARANDA.

La familia, amigos y admiradores del gran artista, pensaron honrar su memoria organizando en Sevilla una exposición de las pocas obras é infinidad de notas y apuntes que habían quedado en su taller, y tal fué el éxito obtenido que, con buen acuerdo, la trasladaron sucesivamente á Buenos Aires, Madrid y Barcelona, despertando en todas partes sincera admiración aquellos gloriosos trazos de un artista genuinamente español, desconocido para la mayoría de sus compatriotas, precisamente porque dedicó lo mejor de sus años y de sus talentos al extranjero.

No podía el ALBUM SALÓN, con motivo de la exposición de sus obras en Barcelona durante el mes de Mayo último, dejar de asociarse á este tributo de glorificación honrando sus páginas con algunos de esos rasgos póstumos de una mano paralizada para siempre.

Mucho han cambiado las corrientes de opinión respecto al modo como sentía el arte Jiménez Aranda; pero, fuerte en la inquebrantable base de su dibujo magistral, puede desafiar los siglos sin que sus obras pierdan aquella bondad intrínseca que caracteriza á las destinadas á la posteridad.

FRANCISCO CASANOVAS

LIBRERIA ALFONSO
REPOSICION DE LA BIBLIOTECA
C.A.B.A.

JOSÉ JIMÉNEZ ARANDA



UN BIENAVENTURADO

Salón París.

JOSÉ JIMÉNEZ ARANDA



RETRATO AL ÓLEO

Salón París.